





APENAS LUCIDEZ



Luis Miguel Morales

Apenas lucidez
(tierra en agua)



Poesía
PLAYA DE ÁKABA

Primera edición: Diciembre de 2015
© Luis Miguel Morales, 2015
© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.
Prólogo: Noemí Trujillo
Maquetación: Åsa Arnewi
Impresión: Gráficas Campás, S.A.

ISBN:

Depósito Legal:

www.playadeakaba.com
playadeakaba@gmail.com

Vidrio quebrado —Prólogo—

«No os engaño, creedme, los hombres sí lloran», nos dice Luis Miguel Morales en el primer poema de este libro, «también leen versos de amor». Su poema me hace pensar en algunos nombres de hombres: Garcilaso de la Vega, Hernando de Acuña, Fray Luis de León, Fernando de Herrera, Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope. El Siglo de Oro español. Todos ellos también lloraron y leyeron (y escribieron) versos de amor. Garcilaso lloró e inmortalizó a Isabel Freyre, en su maravillosa égloga III, Lope revivió y contó durante años su amor por Elena Osorio y Luis Miguel Morales convierte el nombre de Lucía en la musa de este poemario. Lucía, como *Dafne*, es tierra, barro, agua, confusión. El gesto de Lucía lo es todo, como ocurre en el soneto V de Garcilaso, ella es la canción y la alabanza de nuestro poeta, un hombre que sufre una transformación en este poemario, para convertirse en alguien anónimo que desea el mar tras los cristales, en alguien que rodea lo negro, la soledad, la utopía; el poeta es un león a la presa en la gran ciudad, en la gris ciudad, en la deshumanizada ciudad; alguien que espera, con *apenas lucidez*, que la lluvia regrese.

Ya desde el oxímoron de su título este poemario se define como un *claroscuro*, un contraste de luces y de sombras: los árboles del parque frente al ruido y el polvo de la ciudad, el sexo frente al amor, el amor frente a la ausencia, el amor y

el odio, la mañana y la noche, la lluvia y el cielo despejado, la razón y la locura, la vida y el suicidio, la tierra y el mar. Paralelismo tras paralelismo mientras el poeta fija su mirada y su pluma en todo lo que le rodea. Si la lectura de este poemario me ha hecho pensar en los poetas del Siglo de Oro es, precisamente, porque este poemario es todo lo contrario. Aquí no hay *Beatus Ille* ni *Carpe Diem* ni *Donna Agelicata*. Aquí solo hay un corazón que late y sufre, un rumor de verdades contadas y no escuchadas, recuerdos, ruido. Y, sin embargo, aunque no existe nada ideal, aunque todo es absolutamente distópico, existe una conexión que une a Luis Miguel Morales con algunos de los poetas del Siglo de Oro. Y ese vínculo lo encontramos en el precioso poema *Tu voz en la ciudad* y en concreto en los versos: «También sé que este aire que aún guarda / porciones microscópicas de tu piel / no existe tras esa línea». Estos versos me han recordado otros de Lope de Vega, del poema *La Dorotea*: «No puede durar el mundo / porque dicen, y lo creo, / que suena a vidrio quebrado / y que ha de romperse presto». Esto, y solo esto, es lo que encontrarás en este poemario, Querido Lector, *vidrio quebrado*.

Noemí Trujillo
Getafe, 12 de Noviembre de 2015

Hombres

No os engaño, creedme,
los hombres sí lloran.
También leen versos de amor
a las doce de la noche.
Incluso se atreven a cantar
a los mares poemas de rima asonante
desde la proa de un buque de guerra.
Os lo aseguro.

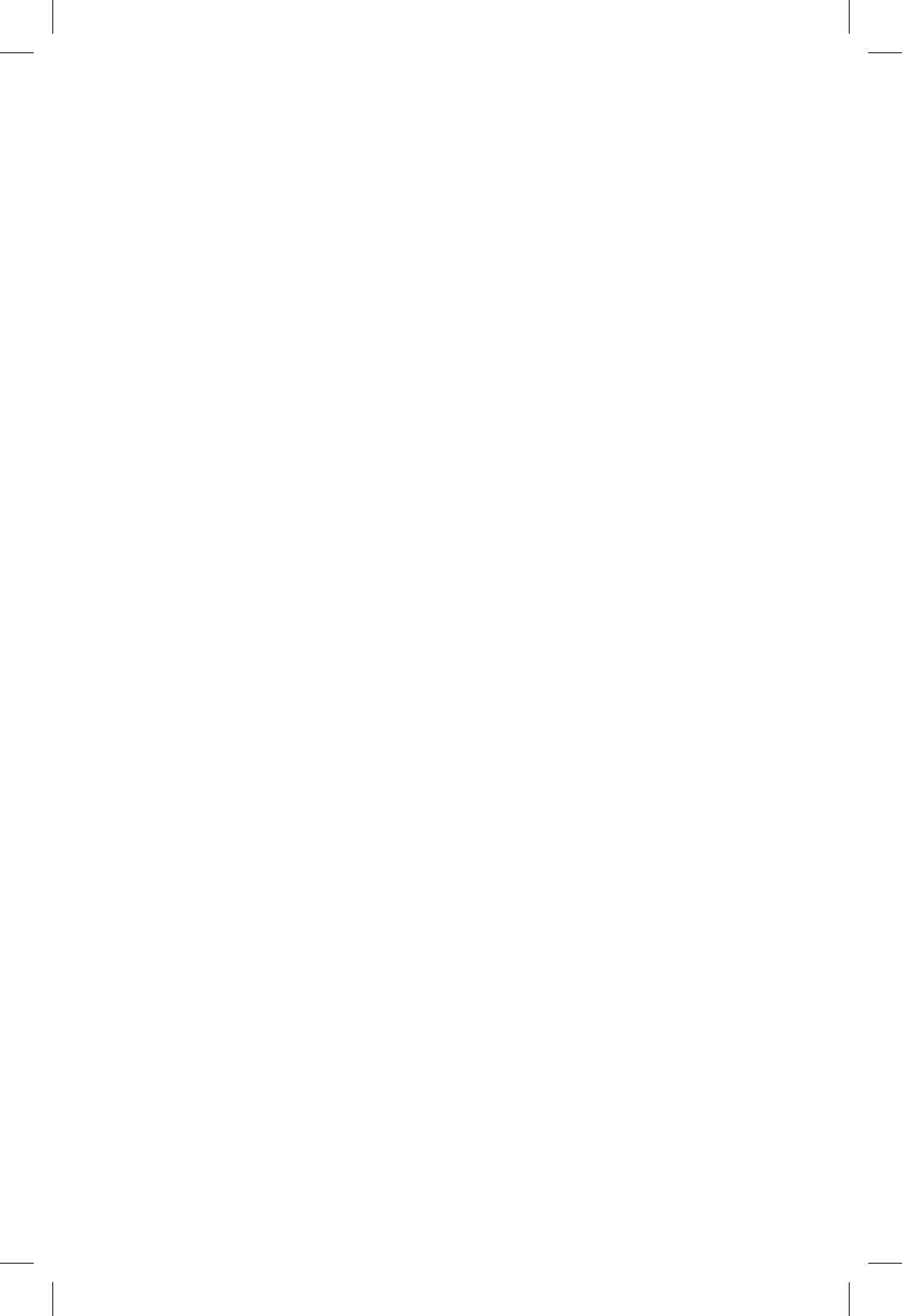


*En la isla a veces habitada de lo que somos
hay noches, mañanas y madrugadas
en que no necesitamos morir.*

José Saramago



tierra



*Y cuando viene el sueño
a extenderme y llevarme
a mi propio silencio
hay un gran viento blanco
que derriba mi sueño
y caen de él las hojas,
caen como cuchillos
sobre mí desangrándome.*

Pablo Neruda



Apenas lucidez

Confundir el rostro de la luna
con el sol
mientras el cigarro muda en nubes
que inundan el parqué.

Recorrer los charcos
con las suelas de las manos
impregnadas del agua
que desborda.
Una copa de vino ríe,
el libro pierde al asesino que,
escondido en el cojín del sofá,
ejecuta su último crimen.

Esperar, los dos,
la llegada del minuto que faltaba,
el que concluye la hora.
Quizá, luego hagamos el amor,
o el odio, como quieras.

Mañana

Mañana,
lo primero que haré al levantarme
será ordenar al sol que no alumbre.
Al abrir la ventana soplaré tan fuerte
que el aire volará más allá de una luna asustada.
Mandaré callar a los pájaros.
Bajaré a las calles
a llenarlas de ruido y de polvo
mientras talo los árboles del parque.
Mañana,
lo haré mañana,
cuando no me despierte.

No me escuches

Malgasta tus minutos, no te importe,
como si solo fuesen tuyos, no de otros,
como si nunca cayesen al vacío.
Aún los ves esperar sobre la acera,
infinitos.

Malgasta tus palabras,
las que has dicho y las otras,
las que aguardan bajo el cielo de la boca
y piensan que nunca rodarán por tu esófago
hacia el abismo de un estómago agrisado en cenizas.

Malgasta la vida de tus ojos,
los colores que ya guardó tu iris
y aquellos que abarrotan tus
entrañas,
los oscuros.

Malgasta el chocolate,
sí,
ese, el puro, el que arranca el placer
a tus sentidos
y lo mezcla con sabores como el vino
o el de un dulce clítoris secreto.

Malgasta, malgasta,
no me escuches,
porque no encontraras en estos versos

un ungüento que calme las heridas de tu piel,
de ese áspero vestido que recubre tus huesos,
sin botones, sin ojales,
sin un solo resquicio que permita despojarse de él.
Salvo el polvo.

Esperaré a que la lluvia regrese

Porque el río guarda las lluvias
en su cauce, las torrenciales
y las que apenas dejan huella en los labios,
hoy me empaparé de ellas, desnudaré
mis pies sobre su lecho,
caminaré en busca de la nube primera,
del vapor del que nace, y vagaré, al fin,
entre ínfimas gotas de vida.
Descubriré el deseo de llorar
confundido entre los peces, seco,
y a una mueca sin rostro, desorientada,
que no sabré salvar de la corriente.
Su rumor me hablará de verdades
contadas y no escuchadas,
de aquella primera vez rehuida
y de sombras robadas al sol.
Más tarde, ya caído,
esperaré a que la lluvia regrese.

No es fácil

No es fácil mantener la mirada fija en su mirada.
No es sencillo ver cómo escoge una cuneta cualquiera
y, de nuevo, te mira
y sonrío
(porque la he visto sonreír)
por última vez antes de alejarse.

No resulta cómodo volver todas las mañanas
con ella (la mía) y
masticar los posos del café
y librar a tus dientes de algún resto de galleta;
acompañarla de nuevo a la oficina
y colgarla en el perchero que está al lado de tu mesa;
compartirla con ellos que ni conocen su nombre
ni de qué color tiene el pelo o
si calza un cuarenta o un treinta y siete.

Y es que sé que ella solo quiere vivir
contigo,
y contigo, y con nosotros. Y que os echa de menos.
Que perdería su vida por volver a
abrazaros
y a sentir las palabras que un día tuvisteis.

No es fácil soportar un día más el recuerdo de sus
ojos.

Sin billete

Devuelves el billete sin pisar la raya pintada
que te separa de la taquilla y recuerdas
el día que lo compraron por ti en aquella
estación desabrigada de trenes de la infancia;
un día de ogros y príncipes, de amor que estallaba
en las sienes de carne aún sin hornear.
Cuántas piedras guardadas en bolsillos cosidos
a tus muslos, cuántos trajes zurcidos por otros
sin piel que resguardar, cuánta vida entregada
a la casa de empeño.

Vacías la maleta sobre el andén y cuentas
los calcetines que no te pusiste,
los gorros de paja que volaron de tantos vendavales,
las caricias amargas,
las velas que otros apagaron.

Lo colocas, cuidadosamente, sobre el cemento
cansado de huídas y cierras tu nuevo equipaje
antes de que el vacío se escape.
Mientras, el vagón suspira en humo negro
por ver si tus pasos se enganchan a él.